

# LAS RELIQUIAS DE SAN PEDRO BAJO LA CONFESION DE LA BASILICA VATICANA \*

La célebre doctora Margarita Guarducci ha intervenido activamente en el estudio de los hallazgos hechos debajo de la Basílica de San Pedro, sobre todo estudiando los grafitos cristianos del famoso muro g.

Hoy tenemos su aporte al interesante tema de las reliquias mismas del Apóstol.

La investigación de este libro trata de los restos humanos encontrados tanto debajo del muro rojo correspondiente a la parte occidental de la tumba de San Pedro, como de los recogidos en las cercanías del sepulcro y los encontrados en un pequeño nicho marmóreo en el muro g.

Según la autora, los dos primeros grupos, al hacerse el análisis científico, quedan excluidos por varias razones, pero en especial por ser de diferentes individuos. Así que su investigación se centra en el tercer grupo.

Sigamos su exposición, en su argumentación principal:

El muro g fue construido hacia la mitad del siglo III, perpendicularmente al *muro rojo*, y al lado norte de la memoria apostólica como una especie de refuerzo. Poco a poco se fue enriqueciendo con grafitos que los cristianos escribían allí al venir a visitar ese lugar para ellos sagrado. En estos grafitos se encuentra el nombre de Cristo, de María y de Pedro, con sus alabanzas por su victoria.

En este muro g. es donde se encuentra un nicho marmóreo cuadrangular que tiene de longitud 77 centímetros, de anchura 29, y de alto 31.5. para construirlo fue necesario sacrificar en parte la cara norte del muro, que estaba ya cubierta de grafitos, y por eso algunos de ellos aparecen en la parte baja mutilados.

---

\* Margherita Guarducci, Lbr. Vat. 1965. Edit. Ital.

Esto demuestra que el nicho fue excavado *después* de escritos los grafitos, pero *antes* de la construcción del monumento constantiniano, porque este incluyó el muro g. con toda la Memoria Apostólica, que después no fue tocada hasta las últimas excavaciones. Tenemos pues que el muro g con su nicho de mármol existía *antes* de encerrarlo Constantino en su monumento marmóreo.

El testimonio oficial de las excavaciones dice que en el nicho, además de haber caído en su interior un poco de material de construcción, se encontraban "restos de materia orgánica y huesos...".

De este *nicho* se dieron por los excoavadores y por otros escritores, diversas explicaciones, pero poco estudiadas y convincentes. Este *nicho de mármol* en el muro g. plantea un interrogante científico, que nadie había estudiado con suficiente atención, hasta el estudio emprendido, con profundidad y acierto, por la doctora Margarita Guarducci, y cuyas conclusiones estamos exponiendo en este comentario.

En septiembre de 1953 empezó sus trabajos sobre los grafitos del muro g, en la que es una alta autoridad científica. En aquel entonces notó que el nicho de mármol estaba vacío, si se presinde de un poco de tierra esparcida en el fondo, entre la cual encontró dos monedas medievales y otra, de edad probablemente clásica.

Sintió entonces, el deseo natural de preguntar si el nicho había tenido algo más de lo que los excavadores habían descrito. Entonces se le mostró en la Conversión anular una caja de madera, que contenía lo que se había encontrado en el nicho de mármol y que hasta ese momento no se había examinado cuidadosamente.

En el interior de la caja había un papel, que indicaba, con escritura borrosa, pero perfectamente legible lo que contenía el nicho del muro g. ("Ossa, Urna, graf.") de donde provenía: huesos de la urna de los grafitos... En efecto, en esa caja de madera se encontró una cierta cantidad de huesos, fragmentos de vidrio, y fragmentos de tela con hilos de oro, además un poco de pañete rojo.

Durante las excavaciones, por iniciativa de Mons. Kaas que ocupaba el puesto de secretario ecónomo de la Fábrica de San Pedro, fue desocupado el nicho de mármol del muro g. y su contenido fue puesto en la caja de madera antes mencionada, y está colocada en la confesión semianular, y quedó allí ignorada hasta septiembre de 1953.

Que el contenido de la caja de madera, proviniera del nicho del muro g. lo demuestra además del papel de que se ha hablado, la moneda medie-

val encontrada tanto en la caja como en el nicho, y de los fragmentos de mármol y pañete rojo provenientes de cuando los excavadores, conscientes de que allí había un nicho, excavaron un poco más para descubrirlo.

Vengamos ahora a los fragmentos óseos encontrados en el nicho. Del examen exhaustivo realizado por el profesor Correnti se ha podido establecer que son *huesos humanos de un solo individuo*, de cuyo esqueleto se conserva la mitad en volumen, pero que representan casi todas las partes del esqueleto. Se trata del esqueleto de *un hombre*, de edad entre los 60 y 70 años, de contextura robusta.

Ahora bien, ¿qué argumentos nos pueden hacer pensar que estos restos pueden ser de San Pedro?:

a) En primer lugar los restos de *un solo individuo* y no de varios como en los otros grupos de huesos. Este argumento no da sino *una mera posibilidad*, pero es importante, pues en los otros grupos esta no existía: son huesos de *varios individuos*.

b) En segundo lugar se encontraron restos de tela tejida con hilos de oro. Estos fragmentos han sido examinados al microscopio y sometidos al análisis químico, y resulta de ello, que la tela primitiva era de lana teñida de rojo, y que es verdaderamente oro el hilo con que está tejida. La tinte es probablemente púrpura, pues en la antigüedad, como consta de muchos testimonios, era generalmente la púrpura la que se tejía con oro.

De todas maneras las telas tejidas con oro son señal de refinada elegancia, y cuando se encuentran en *una tumba* son señal de gran veneración y honor para el que se entierra.

¿Qué podemos pensar de estos restos de tela riquísima que fueron encontrados juntamente con los huesos en el nicho del muro g.?

La conclusión *lógica* es que en esa tela fueron envueltos esos huesos de manera honorífica. Y esta conclusión lógica se confirma con *el hecho* de que en los huesos se encuentran manchas de color rojo. Por lo tanto, podemos *concluir* que en la edad constantiniana esos huesos eran considerados como dignos de un máximo respeto. *Esto resulta también del hecho* de haberse construído para ellos un nicho de mármol en el interior del muro g., y de la *gran importancia que este muro tiene en el conjunto del monumento constantiniano*.

Porque a la verdad era razonable el eliminar ese muro g. que en adelante no tendría razón de ser, y destruía la simetría, tanto de la Memoria Apostólica, como del monumento constantiniano. A pesar de estas razones

fue tenazmente conservado, aun cuando el eje de la basílica constantiniana, y por consecuencia la de Bramante y la misma cúpula de Miguel Angel, hayan tenido un corrimiento hacia el Norte respecto de la Memoria Apostólica. Todo esto significa que el muro g, con su nicho y los restos allí sepultados con honor tenían para los constructores de Constantino una significación importante.

Ahora bien, el monumento constantiniano, revestido de mármol frigio y de pórvido, era considerado como el monumento que contenía la tumba del Príncipe de los Apóstoles, luego es razonable admitir que el depositar aquellos restos en el interior del muro g. e incluirlo en el glorioso monumento, significa la convicción de que aquellos restos fueran los de San Pedro en cuyo monumento-tumba se incluían con tanto honor.

c) Un tercer argumento importante es el siguiente: sobre el pañete del muro rojo, en el punto en que se apoya en el muro g. se encontraron dos grafitos en lengua griega.

Ahora bien, porque los grafitos fueron hechos en el muro rojo y cubiertos con el muro g., parecía obvio deducir que eran más antiguos que el muro g., y por lo tanto se podían presumir escritos entre la mitad del siglo II (tiempo en que fue hecho el muro rojo) y la mitad del III (tiempo en que fue construido el muro g.).

Habría que estudiar, sin embargo, más a fondo este problema. En primer lugar se trata de dos grafitos o inscripciones en el muro rojo. *El primero* está mutilado en el principio y el fin, y contiene estas letras:...

) ια καῖρ' απ (<

El καῖρ' equivale, sin duda, al χαῖρε con apóstrofe, con el cambio normal en aquella época de la K en X. Se trata pues, de un saludo. Y porque el epígrafe se encuentra en el fondo del nicho formado por la parte baja de la Memoria Apostólica, es natural el que se admita que está destinado a San Pedro, tanto más que las letras que se conservan "ap..." pueden, sin violencia, completarse con el vocativo "apostole". *El segundo* es mucho más importante y consiste en dos líneas: ΠΙΕΤΡ

ΕΝΙ

En la primera es fácil reconocer el nombre de PEDRO, cuya presencia asume aquí en este lugar una importancia que no se puede desconocer. Pero *mayor importancia abajo* con ductus a movimiento rotante, como lo demuestran los trazos verticales de la "tau" y de la "ro". Proseguida idealmente con las otras dos letras "os", esta primera línea se encontraría con la segunda, impidiendo su continuación. Por lo tanto esta segunda línea consta solo de tres letras: "ENI". Por consiguiente, la lectura de este grafito es:

PETROS ENI      "PEDRO AQUI" o "AQUI YACE PEDRO"

La frase es sin duda, impresionante. Pero, ¿por quién y con qué fin fue escrita?

*En primer lugar*, ¿en qué parte del muro rojo se encuentra escrita esta frase? Exactamente sobre el borde superior de la placa de mármol, que da contra el muro rojo, y es uno de los lados del nicho marmóreo del muro g. *Razonablemente* se puede pensar que aluda a los huesos contenidos en el mencionado nicho.

*En segundo lugar*, parece haber sido escrita en el muro rojo en tiempo de Constantino, antes de que el muro g. con nicho quedase incluido en el monumento constantiniano.

¿Es posible admitir esta fecha? Para admitirlo es necesario responder a tres interrogantes:

1. — ¿Era posible escribir en el muro rojo este grafito, existiendo ya el muro g.? La respuesta es afirmativa, por cuanto al terminar el nicho en el muro g. esta parte del muro rojo es perfectamente accesible. Más aún, esto explicaría por qué declina hacia abajo la primera palabra. Porque se ve claro que una persona que tenga que escribir, construido el nicho, era difícil mantener un ductus recto en cinco letras, cosa que hubiera sido muy fácil si se escribieron antes de construir el muro g. según la única otra hipótesis posible.

2. — ¿Es posible que las letras pertenezcan, por su forma, al principio del siglo IV? En este punto no hay duda ninguna. Las letras largas y espaciadas y su forma estaban en uso en el tercero y cuarto siglo. (Cfr. Dicc. Paleográficos).

3. — ¿Se usaba en tiempo de Constantino la lengua griega en Roma? La respuesta es igualmente afirmativa en lo relativo a la Iglesia. En primer lugar la lengua litúrgica era todavía el griego, que solo en el transcurso del siglo IV se fue cambiando en el latín (cfr. peritos litúrgicos). En segundo lugar, todos los epitafios que conocemos hasta ahora de los Papas del siglo III, a excepción del de Cornelio, están en griego. Tenemos un epitafio del 296 de Gaio en griego, es decir, de la época prácticamente constantiniana. Por otra parte el uso del griego en epitafios privados de cristianos está confirmado en Roma, no solo para el siglo IV, sino para el siglo V, y no para personas que lleven un nombre griego, sino también latino. Tal vez era grato a los romanos, conservar la tradición antigua de la Iglesia, como hoy nuestros epitafios en latín, aunque esta no sea la lengua que hablemos.

Podemos, pues, concluir que es razonable el pensar, que antes de cerrar el nicho que contenían las preciosas reliquias de San Pedro, para des-

pués incluirlo en el grandioso monumento constantiniano, se escribiera esta sencilla frase, *innecesaria para ellos*, pero que ha venido a ser importante indicio para nosotros, precisamente por su sencillez y espontaneidad. Un sencillo grafito escrito a última hora, en el único punto donde se podía hacer, antes de cerrar el nicho.

Creemos que todos estos indicios convergentes nos dan derecho a concluir que los contemporáneos de Constantino estaban convencidos de que los restos depositados en el nicho del muro g. eran los restos de San Pedro.

¿Qué debemos pensar nosotros?

a) Es difícil creer que los que depositaron estos restos, y que iban a construir un monumento en su honor, no tuvieran pruebas seguras de su autenticidad. Seguramente no fueron a recogerlas a un lugar cualquiera, sino allí donde sabían que estaban.

b) Por otra parte, la tumba de donde los recogieron era una tumba perfectamente definida e identificable. Claro que en la edad constantiniana no se tenía un conocimiento anatómico y antropológico como en nuestros tiempos para poder identificar entre *restos* confundidos, los *restos* de un único individuo con las características de los *restos* depositados en el nicho del muro g. Por lo tanto, la tumba de aquél *único individuo* era una tumba bien conocida y distinta de las otras.

c) Los ideadores y directores de ese monumento fueron, sin duda, los hombres más notables y responsables de la comunidad cristiana de Roma, entre los cuales estaría el Papa Silvestre. El *Liber Pontificalis* nos dice, en efecto, que la obra fue iniciada "ex suggestione Silvestri episcopi". Ahora bien, ¿cómo admitir que el Papa Silvestre, y los más notables de la comunidad de Roma, no tuvieran cuidado de una cosa tan importante como los restos de San Pedro y tratándose de un monumento de tal magnitud y trascendencia para la Iglesia? Por otra parte, Clemente era romano de nacimiento, y por lo tanto debía conocer muy bien la tradición romana y los monumentos cristianos gloriosos de su ciudad.

d) Hay, además, que advertir que por aquel entonces, no existía la morbosa pasión por las reliquias de los mártires que comenzó mucho después en Oriente y pasó a Occidente, y degeneró en deplorables excesos. En la Roma de la edad constantiniana los cuerpos de los mártires antiguos y recientes, reposaban en paz en sus tumbas protegidos por la férrea ley romana que declaraba sacrílego el turbar sin razones gravísimas y sin permiso de la autoridad competente, la paz de los muertos.

*El mismo Emperador Constantino* cuando hizo construir en su nueva capital de Oriente un fastuoso templo en honor de los doce Apóstoles, no llevó allí reliquias, sino que se contentó con hacer colocar allí doce cenotafios, en medio de los cuales preparó su propia tumba.

La lógica más elemental induce, por tanto, a aceptar que los contemporáneos de Constantino, tomaron los restos de aquella tumba que todos conocían como la tumba del Apóstol Pedro, o sea de la fosa que se encontraba bajo la Memoria Apostólica del siglo II.

e) Esta última conclusión viene a confirmarse con un claro indício. En el pavimento debajo de la Memoria Apostólica, existía un hueco, que permitía el contacto directo con la tumba de abajo. En cambio en el monumento constantiniano este hueco y acceso directo fue suprimido. Al pavimento antiguo, interrumpido por el hueco, se le sobrepuso un pavimento nuevo y continuo, reutilizando al revés, una pesada lápida funeraria de la antigua necrópolis vaticana, de fines del siglo II, y que se encontraba en la entrada del sepulcro perteneciente a un tal Elio Isidoro y su familia. Con este nuevo y definitivo pavimento se interrumpía todo contacto con la antigua tumba.

Ahora bien, la única conclusión lógica de este hecho inusitado, es que los restos de esa tumba, que todos reconocían como de Pedro, habían sido sacados de ella. Mantener una abertura hacia el interior de una tumba en la que no se conservaban los restos de San Pedro, no tenía ningún sentido. Clausurarla de este modo estando ellos allí, es ininteligible.

f) Otros argumentos concretos y positivos, demuestran que los huesos contenidos en el nicho del muro g. provienen del campo P y precisamente de la tumba de inhumación del siglo I, que es la que está debajo de la Memoria Apostólica.

1.—En primer lugar, los restos del nicho están mezclados con tierra del campo P. según los estudios petrográficos hechos en la Universidad de Roma. Más aún, proviene esa tierra de la que existe junto al muro rojo, al nivel de la tumba "Z", que ciertamente es del siglo I. Por lo tanto esos restos estuvieron primitivamente no en un sarcófago sino en la tierra del campo P al nivel de las tumbas del siglo I.

2.—En segundo lugar, los restos están mezclados con los restos de algunos animales domésticos (gallináceos, etc.), (Ovis, sus, bos, gallus). Este hecho, al parecer extraño, constituye sin embargo una prueba evidente de que éstos restos fueron enterrados en la tierra del campo P. donde con los otros restos encontrados se hallan mezclados algunos fragmentos de es-

tos animales domésticos. Y en nuestro caso es necesario recordar que la localidad del Vaticano, en la cual fue creciendo poco a poco una necrópolis, era parte del "Hortus Neronis", que consistía en una amplia extensión de terreno en la que se encontraban chozas de pastores con sus animales domésticos. Por eso no es extraño que en ese ambiente se encontraran restos de animales domésticos. Al recoger los huesos humanos no es difícil equivocarse, recogiendo al mismo tiempo fragmentos de huesos de animales pertenecientes al terreno virgen de la sepultura, suponiéndolos humanos. Hay muchos ejemplos de esta mezcla aun en sepulturas marmóreas cuando primitivamente los cuerpos han sido enterrados en tierra.

Así, por ejemplo, sucedió con la tumba de los Médicis al abrirse en 1946 en Florencia, y la razón estriba en que primitivamente fueron enterrados en la tierra debajo de la sacristía antes de pasarlos a sus magníficos sarcófagos.

Por otra parte, estos fragmentos de huesos de animales nos prueba que el enterramiento de San Pedro fue hecho en aquella época en que aquella zona era aún terreno abierto en el que se empezaban a cavar las primeras fosas, es decir cuando la necrópolis vaticana no se había comenzado. Documentos certísimos, epigráficos y arqueológicos, demuestran que la necrópolis vaticana se empezó a principios del siglo II, cuando el circo de Gayo y de Nerón comenzó a caer en desuso. Por lo tanto, la tumba de inhumación pertenece al siglo I, argumento confirmado por la tumba "z" a cuyo nivel se encuentra la tumba de San Pedro, y que se puede fechar con seguridad por un sello de una de sus tejas que pertenece a la edad de Nerón. Por lo tanto la tierra y los huesos de animales mezclados con los restos del nicho del muro g demuestran que ellos fueron recogidos de la tumba apostólica.

3) Recordemos, finalmente, que la Memoria Apostólica fue ciertamente construída a mitad del siglo II, es decir en una edad muy cercana de la muerte del Apóstol, que fue hacia el año 65-68. Entre una y otra fecha hay poco más de 80 años, y ya aquella tumba antes de la memoria apostólica era objeto de especial cuidado. Se habían construído dos muros pequeños para que la defendieran de la invasión de la tierra y estos muritos pertenecen a la primera mitad del siglo II. Lo que supone que desde el siglo I se conocía bien a quien pertenecía esa tumba objeto de especiales cuidados sobre todo si se compara con las tumbas adyacentes.

Es pues claro que los cristianos de Roma no podían equivocarse al atribuir aquella tumba al Apóstol, tanto más que podían todavía vivir contemporáneos de San Pedro o por lo menos los padres de los cristianos de



Roma de principios del siglo II pudieron muy bien reconocer al Apóstol, que hacía sólo 35 o 40 años que había muerto.

Tengamos en cuenta, finalmente, que la jerarquía de la Iglesia de Roma, no podía olvidar dónde había sido colocado el más importante de sus predecesores. ¿Cómo admitir pues, que los hombres responsables de la Iglesia romana, en una edad tan próxima a la muerte del Apóstol, hubieran prodigado sus cuidados a una falsa tumba de San Pedro? ¿Cómo creer, por ejemplo, que San Clemente Romano, que había conocido personalmente al Apóstol, y que escribiendo a los Corintios a fines del siglo I, daba testimonio del martirio de Pedro, no supiera dónde estuviera sepultado?

De toda esta argumentación objetiva hay que sacar la conclusión de que los restos del nicho del muro g. pertenecen al Príncipe de los Apóstoles.

Nos parece que el aporte dado por la Profesora Guarducci es del mayor interés, por la realidad objetiva de los datos y la neta evaluación de los mismos.

GUILLERMO GONZALEZ Q., S.J.